

Sobre la crisis económica

Suplemento del Cuaderno núm. 152 de CiJ - (n. 188) - Febrero, 2008
R. de Llúria, 13, 08010 Barcelona - tel. 93 317 23 38, fax 93 317 10 94
info@fespinal.com - www.fespinal.com

Los últimos datos económicos –inflación, paro, bolsa...– y sobre todo la proximidad de las elecciones, han puesto en las primeras páginas de casi todos los diarios el pronóstico bastante probable de una próxima crisis económica.

Como siempre, a cada partido le ha interesado más su propio medro que la salud del país. Unos se limitan a hablar más de “lo bien que hemos ido en el pasado”, en lugar de decirnos qué hemos de hacer en el futuro. Otros se extasían explicando que el gobierno “ha dilapidado la buena gestión económica de la etapa anterior”, olvidando que, durante casi tres años y medio de esta legislatura, la economía había marchado mejor que en la anterior.

No cabe en este Papel un análisis técnico y minucioso del problema. Pero sí creemos poder ofrecer unas breves reflexiones hechas más allá de partidismos, desde una perspectiva ética y desde una óptica cristiana (y por eso mismo, pensamos, profundamente humana).

1. “Se veía venir”

Las crisis no estallan de golpe. Hubiera sido muy útil que hace cosa de un año se hubiera hecho una especie de “biopsia” de la economía española: no era difícil ver que, aunque crecíamos mucho, creábamos poca riqueza; y estos fenómenos, a pesar de su esplendor,

suelen tener pies de barro. No obstante, parecemos empeñados en que la medicina preventiva valga más para la salud física que para la económica.

También en economía hay pequeños indicios, nunca del todo seguros, que pueden alertar sobre las crisis cuando aún estamos a tiempo para no asustarnos. Otras veces se trata de absurdos económicos (“burbujas” etc), ante los que cualquier razón sensata considerará que no pueden sostenerse mucho tiempo porque son equilibrios muy inestables; pero ante los que nuestra codicia tiende a cerrar los ojos, buscando sólo el propio medro personal a base de exprimir esos absurdos al máximo. Se pospone el momento del estallido, pero sus consecuencias se amplifican: cuanto más dura es la burbuja, mayor se hace, y más lejos llegan los efectos del eventual e inevitable estallido.

La Biblia, en la historia del patriarca José, ya nos avisaba de que las crisis pertenecen a la vida humana y de que los seres humanos debemos guiarnos más por la moderación responsable y previsoras, que no por el despilfarro inmediateista e inconsciente. Una democracia sin educación (precisamente por los admirables márgenes de libertad que conceden las democracias) y un sistema capitalista sin educación (o con una educación asimétrica y reducida sólo a unos pocos beneficiados) tienden a incubar esas células malignas de la codicia, que acaban estallando un día.

Pero, por lo que respecta a nuestro país, desgraciadamente, no podemos presumir tanto de éxitos educativos como de éxitos futbolísticos. Y tampoco podemos presumir de previsores: pues era cosa sabida que el mercado inmo-

liario estaba por las nubes en España y hace más de dos años que los indicadores internacionales lo señalaban como uno de los más desorbitados. Sólo nosotros persistíamos en ignorarlo. No es de extrañar que ahora, con una precisión no exenta de Schadenfreude, la prensa internacional diga que “el castillo de naipes español empieza a derrumbarse”.

2. “Que no cunda el pánico”

Suelen decir los economistas que, ante la posibilidad de una crisis, la falta de confianza sólo conduce a acelerarla y aumentarla. Hoy por hoy, no estamos todavía en una auténtica crisis, sino ante una seria posibilidad de que ésta se produzca. Vale aquí el clásico ejemplo del teatro donde se declara un incendio: el pánico y el afán de todos por salir corriendo del local, acaba produciendo tantas o más muertes de las que habría producido el fuego. Es imprescindible una evacuación ordenada, porque así será más rápida.

Pero imaginemos por un momento qué pasaría si, cuando comienza a declararse un pequeño incendio en el Liceo, y cuando el público se agita presa del pánico, apareciera un aspirante a director de Liceo que no había conseguido serlo, y comenzara a gritar a los espectadores asustados: “¡este es el resultado de una mala gestión de la dirección del Liceo y ahora vais a morir todos!”... Tal conducta sería no sólo moralmente irresponsable, sino fatal para el mismo que la provocó: porque, aún en el supuesto de que así consiguiera llegar a la dirección del Liceo, quizá le tocaría gestionar más un campo de ruinas que un edificio dañado.

Pues bien: nos parece que esta ha sido la conducta de la oposición desde que se avistó la crisis, y como ha venido haciendo con el terrorismo y otros problemas: usar las cuestiones de estado como plataforma de autopromoción y no como problema de todos. Pensar sólo en sí misma y no en el estado. Y decir luego que él tiene la solución, sin decirnos en qué consiste ésta.

3. Bolsas flacas

Debemos saber que buena parte de las crisis se deben a factores internacionales más que a una mala gestión económica. Con un ejemplo concreto, se puede decir que ninguna economía puede soportar una subida del petróleo de 30 a 100 dólares en cuatro años escasos. Pero, más allá de este ejemplo, es innegable que las economías de mercado están dominadas por el ciclo económico, y que éste trae consigo, de vez en cuando, una crisis; Marx atribuía estas crisis a la propia contradicción interna del sistema capitalista. Un sistema donde la política no tiene poder sobre la economía, sino exactamente al revés. Los panegiristas del sistema han hecho lo indecible para que este principio no se toque, arguyendo que las intervenciones distorsionan el mercado y le privan de su infalible poder armonizador.

También la mala forma de globalización que hemos fomentado hace ahora que la economía se haya internacionalizado mucho antes que los derechos humanos, y escape en buena parte al poder de los distintos gobiernos. La libertad de movimientos de capital, en particular, ha resultado ser una caja de Pandora, de beneficios dudosos, pero con un potencial dañino ya experimen-

tado. Los países llamados hoy “emergentes” (antes subdesarrollados) llevan padeciendo este mal durante años, y eso es lo que impide emerger realmente a la mayoría de ellos.

En tiempos bíblicos, las crisis económicas podían venir por épocas de sequía o desastres naturales: por eso se hablaba entonces de “vacas gordas y vacas flacas”, como en el caso ya citado del patriarca José en Egipto. Hoy, amén de las posibles amenazas climáticas, las crisis vienen provocadas muchas veces por la codicia del hombre y por un sistema que se asienta sobre ella: por eso sería mejor hablar de épocas de “bolsas gordas y de bolsas flacas”.

Por eso, más allá de los imprescindibles primeros auxilios, una crisis económica debería llevarnos a preguntar qué falla en el sistema económico mundial para que, periódicamente, se produzcan esos ataques de fiebre. La crisis del 29 llevó a comprender y corregir algunas cosas. Ojalá la crisis actual nos haga dar un nuevo paso adelante.

4. Que no lo paguen los más débiles

Una lección de ética elemental (y una de las lecciones aprendidas durante la crisis del 29, que dio origen al nacimiento de la Seguridad Social en Estados Unidos), es que la crisis ha de superarse con el empeño de todos y con un esfuerzo algo mayor de aquellos que tienen y pueden más. Una tentación muy acorde con la codicia humana es que la crisis la paguen sólo o mayoritariamente los que pueden menos (que numéricamente son muchos más). Esta solución puede parecer incluso más eficaz porque los más débiles tienen me-

nos poder para resistirse. No sería justo recurrir ahora a recortes en los gastos sociales (seguros de desempleo, salarios medios o mínimos –ya de por sí injustamente bajos en comparación con la UE–, prestaciones de la seguridad social...). La bajada de impuestos puede ser útil con una condición: que afecte sólo a aquellos que tienen menos, sin que abra grietas para que se cuelen por ellas los que tienen más. Y que no se compense luego con impuestos indirectos, que son de por sí menos justos porque afectan por igual a todos, tanto si tienen mucho como si tienen poco. Los datos indican que ése había sido el camino seguido por la política fiscal de la última década. La prudente gestión fiscal de la última legislatura ha permitido alcanzar un ligero superávit de las cuentas públicas, de modo que hay margen para un estímulo fiscal sin perjudicar a nadie. Y no hay ninguna justificación para una política fiscal restrictiva.

Que padezcan menos los que menos tienen podría parecer un camino de salida ineficaz. Pero no lo es. Para reducir el riesgo de una recesión, el medio más efectivo a corto plazo es el estímulo al consumo privado, y la forma más eficaz, es ayudar a los perceptores de rentas más bajas, ya que éstos ahorran menos que los de rentas altas. Por una vez, la solución más eficaz coincide con la más humana.

Hemos dicho antes que los más débiles tienen menos medios para defenderse de esta solución injusta. Conviene no olvidar que, precisamente por eso, cuando por fin estallan, lo hacen de manera desahogada y desproporcionada: algo de eso ha sucedido en Francia con el problema de integración de los inmigrantes, bienvenidos sólo como mano de obra barata pero no como conciudadanos iguales. No quisiéramos ser profetas de calamidades pero la historia está para que aprendamos de ella. Y puede ser bueno evocar que el año próximo se cumple el centenario de aquella que fue llamada “Semana trágica” en Barcelona, y que estalló en buena parte por la falta de solidaridad del partido llamado –paradójicamente– Solidaridad Catalana, enfrentado a Solidaritat Obrera ante la crisis económica desatada por la pérdida de las últimas colonias y el conflicto de Marruecos.

Ojalá, pues, que esta crisis económica –si llega y no se limita a ser una simple desaceleración–, no acabe trayendo ninguna “temporada trágica” por el empeño en gestionarla injustamente.

*Benjamín Bastida, Nacho Beltran,
Guillermo Casanovas, J.I. González
Faus, Alfredo Pastor, Ramón Xifré,
Miembros del Seminario Interno de
economía de CiJ.*